

Es mi barrio



Jesús María



CIUDAD DE SANCTI SPÍRITUS

EL BARRIO EN CIFRAS



5000 habitantes aproximadamente



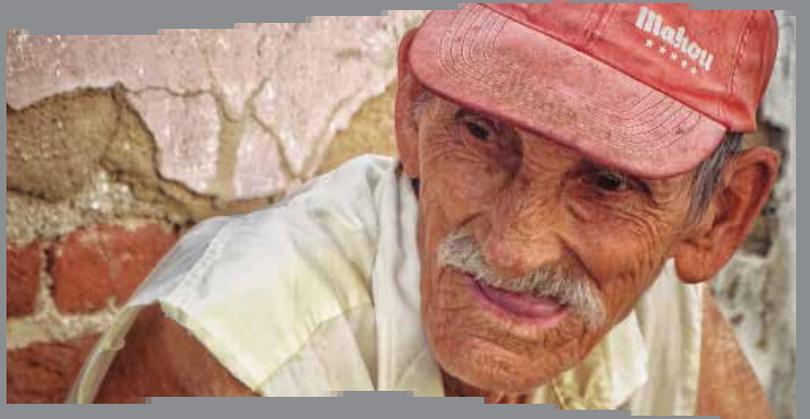
2 centros educativos



4 consultorios médicos



5 bodegas



Fotos: Alien Fernández



¡Yo soy de Jesús María!

Asegura Albertina Milián Pérez que el destino la mudó de barrio, pero no logró permutarle su corazón

Yoleisy Pérez Molinet

El cuerpo de Albertina Gabriela Milián Pérez pasa sus días en el quinto piso de un edificio de Olivos 1, pero su alma aún habita en Ornofay No. 58, esquina a Jesús María, el lugar que la hizo para siempre feliz.

Allí nació hace más de 90 años, en una casa grande que acogía también a los niños de los alrededores y se contagiaba con el ritmo singular del barrio más emblemático de la ciudad del Yayabo. Asuntos familiares, la vida, el azar... la obligaron a trasplantarse mucho tiempo después, por una decisión que le cambió la vida. Ante la pregunta curiosa, no encuentra las palabras. "¡Ayyy!" susurra casi. Y encierra en un suspiro la magnitud de su añoranza.

Pero no es una mujer que se deje vencer fácilmente, ni siquiera por la nostalgia. Conserva su sonrisa clara y unos ojos expresivos resaltados con el lápiz negro que los adorna esta mañana de brisa fresca, cuando desnuda vivencias en un sillón donde se balancean sus más entrañables recuerdos.

"Mi niñez fue muy agradable, nos llevábamos muy bien todos los vecinos del barrio —dice—. Mi mamá tenía una cultura muy grande, fue criada por doña Concha Reyes Iznaiga; sí, la del Museo (de Arte Colonial), desde los tres años hasta los 19, cuando se casó con mi papá. Mi mamá fue criada allí. Sabía tocar piano, bailaba que era una belleza, porque a ella la enseñó Catalina Lara, que tenía una escuela de danza aquí. Cuando oía los coros le encantaba, luego la mandaban a buscar para ensayar el Coro de Clave. Mi papá, que era blanco, nos decía: 'Ustedes no tienen oído, ustedes tienen oreja'. Lo suyo era la sinfónica, esas cosas, era un choque".

¿Le gustaba a usted ese ambiente de música, de baile?

"¡Muchacha, me encantaba! si yo vivía al lado de Teofilito. Y lo veíamos ensayar y él nos llamaba. Le dedicó una canción a mi hermana —Princesita se llamaba—, un día de su cumpleaños. Teofilito nos quería como familia".

Entonces su vida desde pequeña estuvo marcada por la cultura espiritista...

"Y Serapio... Él también era de allá, yo lo veía haciendo escritos, sentado en una acera. Cuando oigo: Yayabo está en la calle... no hay quién me aguante (ríe). Y la gente me dice: Pero,



La ceiba, símbolo de Jesús María.

¡Albertina!".

¿Todavía baila?
"Sí, bailo en el danzón, soy del grupo de danzoneros y he ganado premios allí. Me gusta mucho la música".

A LOS NIÑOS SE LES QUIERE COMO FAMILIA

La vocación de Albertina despertó temprano, tal vez en las aulas de la antigua escolita de Jesús Nazareno, donde aprendió las primeras letras.

"Cuando terminé el bachillerato me presenté a la Escuela de Maestros Primarios, opté por una beca y la cogí. Me hice maestra primaria en La Habana, normalista, que era como le llamaban entonces. Al terminar el magisterio fue la Campaña de Alfabetización y me incorporé, en Caonao, Cienfuegos, en casa de Julio Roque. Hice muy buenas relaciones allí. Bueno, yo vengo de Jesús María, que es muy familiar, y me sentí muy bien con aquellos campesinos. Allí conocí sus penurias. Gracias a esa epopeya muchos fueron cambiando sus vidas.

"Cuando terminó la Campaña de Alfabetización desfilé en La Habana. En el libro de Historia aparezo retratada, con el cartel que dice: 'Fidel, dinos qué otra cosa debemos hacer'".

"De allí vine para Sancti Spiritus. Comencé a trabajar en una escuela rural en Las Cuabas, por San Carlos, en La Sierpe. Me tenía que levantar de madrugada, pero pa'lante. Había quien no aceptaba ir a aquellas escuelas, porque incluso se pagaba menos. Pero yo no estaba en eso, lo mío era ayudar. Iba muy complacida. Y allí montaba a caballo porque tenía que trasladarme como a 2 kilómetros, cerca de un río. Algunos de aquellos muchachos se hicieron maestros".

Luego, proseguiría un largo recorrido como educadora, que incluyó labores de inspección en Zaza, dirección de la escuela Tomás Pérez Castro, en Cabaiguán, "un lugar maravilloso", y, luego, la primaria espiritista Julio Antonio Mella, de la cual es fundadora.

Mas, no sería la última parada. Luego dedicaría 15 años a la formación de alumnos en el seminternado Remigio Díaz Quintanilla, llegaría al retiro y, más tarde, otra vez de vuelta al magisterio, como colaboradora del Ministerio de Educación para la elaboración de tabloides y educadora de círculos infantiles.

— "Mira el diploma del regreso", insiste, y lee: "Por su reincorporación a la obra a la cual ha dedicado toda su vida".

¿Por qué volvió?
"A los niños se les quiere como si fueran familia, yo los adoro; y ellos a mí, igual. "A veces me pongo a mirar desde aquí arriba a los muchachos en la escuela. Y hasta les grito para que me vean. Los niños son para mí lo máximo. Son mi alegría".

LA PATRIA ES TAMBIÉN EL BARRIO

La mudanza despojó a Albertina no solo de sus costumbres. Tuvo que desprenderse también de preciados muebles, las lámparas que iluminaban sus días y hasta de unos cuantos objetos valiosos.

Pero la identidad, esa que nace y crece en el sitio más profundo del pecho, permanece intacta. Evoca los días de serenatas y de preparativos para los festejos más populares de estos contornos, el Santiago Espirituano; evoca a la gente y su fe.

Cuando le menciono Jesús María, ¿qué le viene a la memoria?

"El amor inmenso a ese barrio donde nací. Además, educábamos, ayudábamos a los niños. Teníamos juguetes y los compartíamos.

"Cuando aquí se dejó de enramar las calles, en el barrio lo seguíamos haciendo, yo era una de las que enramaban. Y adornaba y hacía muñecos con los muchachos y adornábamos todo aquello".

Usted es una mujer de mucho arraigo...
"Soy sobrina de don Pedro León. Mi abuela era su hermana. Era familia del que hizo el Himno Invasor. Mi abuelo, Rafael Milián del Castillo, peleó junto a Máximo Gómez. Soy familia de Oscar Fernández-Morera, sobrina de don Pedro León. No, no, yo sí soy de rango social. Y soy patriota, amo a esta Patria. Para mí es todo".

Pero la Patria es también el barrio...
"¡Muchacha!, cuando me ven llegar allí todos salen: ¡Albertina, Albertina...! Fíjate, que hay uno que toma y dice mi hermano: '¡Me da una guerra, porque viene a pasar la borrachera aquí, dice que es porque se está acordando de ti!'. Y mira que ese barrio tiene fama...".

¿No será tal vez una mala fama?, provocó.
"Es por gusto, porque en realidad son nobles. Lo que pasa es que muchos no han tenido la escolaridad necesaria..."

"A veces me sentaba en un balance a ver la televisión y los vecinos pasaban y me decían: 'Albertina, son las 11, quita el gancho, cierra la puerta y apaga el televisor que estás dormida'. Ellos me cuidaban a mí. Y decía: ¡Vamos a limpiar!, y salían a ayudarme.

"Yo era casada con Bello, que era militar, y él hacía caldosa por las tardes para que el barrio tuviera. ¿Y sabes cuánto cobraba por un caso? Cincuenta centavos. A nosotros todos nos querían".

De vez en cuando regresa a su santuario del corazón. Repasa momentos inolvidables, echa un pie con los comparseros y se refugia en el tiempo de ayer, mientras le gritan por aquí, la llaman por allá. Dice usted que tiene casi 91 años...

"Los cumpla en septiembre. En mis ratos libres leo todavía libros de Pedagogía, para no quedarme atrás. Hago todas las cosas de mi casa, mis mandados".

El cuerpo suyo permanece aquí; pero su alma, ¿dónde está?

"Allá abajo. Yo a veces me digo: ¡Ay!, ¿pero quién me mandaría a hacer esta permuta? Me acuerdo de todo. Vivía orgullosa de que me dijeran: Es de Jesús María".

¿Y ya no?
"¡Cómo no! Si a mí me encanta que me lo digan. Y a todos les aseguro: Sí. ¡Yo soy de Jesús María...!".



La ceiba, símbolo de Jesús María / Foto: Alien Fernández

En tierras de Santa Bárbara

Donde antes hubo una aldea taína y después los esclavos lucumíes establecieron sus cobijas a como pudieron, nació el barrio de Jesús María, de incuestionables aportes a la identidad espiritista

Enrique Ojito Linares

Jesús María se sacude la llovizna de la tarde. Los charcos quedan, y en los charcos chapotean los pies inocentes y revoltosos de los muchachos. Cerca, el vendedor:

—Sábanas blancas, bombillas, pilas triple A...

Con su tienda ambulante, el vendedor se abisma calle abajo en la garganta del barrio, que fue, primero, una aldea taína al borde del río Yayabo y, luego, cobija de esclavos; de los esclavos cazados cual animales en África por hombres blancos, por animales blancos.

—Miiiiithaaaaa, préstame una latic de frijoles, que estoy en cero; grita una vecina, cuya aguda voz la envidiarían Rita Montaner.

Es el día a día de esta barriada, donde, en cualquier esquina, Teofilito desenvainaba la guitarra de trovador nato, o plantaba el coro de clave —fundado por él allí— a mitad de calle, y a cantar se ha dicho.

Teofilito debió entonar el punto esquinero al compás de la Parranda Típica Espiritista, nacida en 1922 en lo profundo de Jesús María, con la autenticidad de los hermanos Sobrino.

¿Quién niega que, debajo de la añosa ceiba de la calle San Ignacio, el tres, la marímbula, el güiro, las claves, el bongó... y la voz cristalina de Marcelino Sobrino armaban la parranda, ante

los vecinos y los llegados desde otros puntos de la villa?

Pero, ninguna celebración en Jesús María convoca a tantos creyentes, menos creyentes e, incluso, a no creyentes como las dedicadas a venerar a la Virgen de la Caridad del Cobre; Santa Bárbara y a San Lázaro. Sucede en el cabildo Luz Divina de Santa Bárbara, de ofrendas y altar sinceros.

Y a la sombra de la ceiba bendecida por Olofi y respetada por el rayo, aguarda la anfitriona Olga Gutiérrez. Discreta, muy discreta. Al llamado del periodista, acude a la puerta del templo yoruba. Prefiere hablar de sus ancestros lucumíes, de la rebeldía mambisa de ellos.

Olga alude a Josefa, cuya voz despeja los caminos como Eleggúu y brilla al invocar a Oshún, mientras las manos se estrellan contra el cuero quemante de los tambores, con la fuerza de Oggún.

—Le canto a todos los orishas por igual, comenta al forastero.

Prendida como el curruje a la guásima permanece la tradición yoruba en este pedazo de la villa. Lo destaca María Antonieta Jiménez (Ñeñeca), la Historiadora de la Ciudad, quien resalta, además, la familiaridad de la mayoría de su gente; gente humilde —también en su mayoría— que antaño levantó allí sus viviendas a como pudo y a cuánto pudo;

mientras la urbe crecía hacia el norte. Jesús María no es un idilio. El barrio nació bajo la espada de la marginalidad y los prejuicios hacia esta. Y duele; due-

len los prejuicios y más que ello, la marginalidad. Hincal tal certeza, auscultada por el doctor Pineda, un fomentense que desembarcó en estas tierras de Santa Bárbara hace 25 años para atender un consultorio, y de ahí no se va, ni dándole candela como al macao.

"Cuando nos mudamos para acá —ilustra este líder de la comunidad—, mi hija tenía seis años. Ella estudió en la Secundaria y el Pre de aquí. Ya es doctora. Jesús María no la hizo bandolera; no hizo que vendiera sus nalgas. Por tanto, este barrio no hace delincuentes; los delincuentes los hace la familia".

Aún nos cimbra en los oídos esa filosofía de vida. Quizás, también, a Mary, la promotora cultural del barrio, muy popular por su personaje de la carretillera, de la comparsa de San Andrés. Mary casi nos tomó de la mano para que conociéramos los dolores y las esperanzas de su Jesús María.

—¿Cómo estás?, le pregunta a quien está sentado en el piso del pequeño portal de una casa.

Se trata de un discapacitado, que fabrica escobas, porque no llueve dinero. A propósito, a esta hora, en Jesús María se esfumó por completo el cielo plomizo. Se va la tarde. Y en la calle La Gloria, una mujer escoge el arroz en el dintel de la puerta de su hogar, mientras se pone al tanto de las últimas novedades barriales con una vecina. Chacharean. La mujer de pañuelo rojo sigue sacándole los "machos" al arroz.

Ambiente de barrio

Acomodado en una de las márgenes del río Yayabo, Jesús María es uno de los asentamientos más antiguos de la ciudad de Sancti Spiritus y, quizás en parte por ello, se ha ganado el sambenito de difícil, revoltoso, complejo. Escambray indaga más allá del mito

Gisselle Morales Rodríguez

Sin salir de la casa de ladrillos y tejas, remendada una y otra vez, donde vive hace más de 50 años, en pleno corazón de Jesús María, Caruca se atreve a relatar cada machetazo, cada robo, cada bronca por aquellos contornos. Y no han sido pocos.

"Sentadita en este quicio he visto pasar yo carretas y carretones", asegura, con la serenidad de quien está perdiendo la visión, pero no la lucidez para relatar escalofriantes historias: el hombre que violó a su hijastra mientras la madre de la niña se hacía la desentendida; el ratero que, apenas sale de pase, brinca tapias y tejados hasta caer de cabeza nuevamente en "Nieves"; la mujer con tres hijos a cuestas a quien el Gobierno le dio un apartamento, sobre todo para salvarla del marido que la muele a palos un día sí y otro también, pero que siempre termina volviendo al rancho donde se repite una y otra vez el ciclo de la violencia...

Caruca no sabe el concepto exacto de marginalidad; pero lo define mejor que cualquier experto: "En Jesús María, o te integras al ambiente, o el ambiente te pasa la cuenta".

En ello coincide Elier Abreu Rodríguez, jefe del Departamento de Prevención, Asistencia y Trabajo Social en la Dirección Municipal de Trabajo de Sancti Spiritus, quien explica todo cuanto se hace en materia de prevención, pero sentencia, lapidario: "Hoy es muy difícil romper los ciclos de violencia, alcoholismo, delincuencia, que se reproducen en barrios como este. La familia es la primera que no ayuda, porque en ocasiones alienta los malos comportamientos en los propios niños, en otros no los corrige y le quita la razón a la escuela —explica—; tampoco ayuda mucho la situación económica que vivimos y los modelos de éxito que se vienen entronizando, donde el ganador es quien más dinero tiene, a costa de lo que sea".

Para romper el círculo vicioso de la marginalidad laboran los llamados factores que integran la Comisión de Prevención: los trabajadores sociales, entes coordinadores por excelencia; Salud, Educación, el Inder, Cultura, la Policía, Atención a Menores y un larguísimo etcétera de organismos e instituciones que tienen incidencia directa en el barrio pero que, no obstante los buenos deseos, no siempre consiguen estabilizar el trabajo.

Y no lo consiguen porque, entre el éxodo de especialistas hacia funciones mejor remuneradas y el "respeto" que algunos le tienen a Jesús María, la Comisión de Prevención ve llegar a un especialista que se va al poco tiempo, con lo cual el quehacer no se consolida.

"Nos pasa mucho en la escuela primaria Wilson Rojas, donde muchos profesores laboran por contrata; nos cambian con frecuencia los jefes de sector de la PNR; van y vienen los trabajadores sociales", ilustra Dayamil Rodríguez, presidenta del Consejo Popular Jesús María, quien ha intentado fortalecer la prevención en las circunscripciones más complicadas: la zona del Cabildo, San Telmo, el Balneario...

La complejidad del panorama no la imaginan quienes se mantienen en las zonas pintorescas: el puente Yayabo, la Quinta Santa Elena, la Iglesia de Jesús Nazareno. Pero en lo más profundo de Jesús María hay de todo, como solía haber en las boticas de antaño: personas con conducta deambulante, familias numerosas con niños bajo peso, menores "controlados" por ser proclives a delinquir, niños incumplidores de los deberes escolares, personas desvinculadas del estudio y el trabajo, otras que sufren algún tipo de violencia, ciudadanos con conductas "desajustadas", ese eufemismo que incluye a prostitutas y proxenetas, que también los hay.

Conscientes de la gravedad del asunto, sobre todo

por sus raíces sociohistóricas, instituciones, organismos y funcionarios a todos los niveles han estimulado la creación de proyectos culturales, deportivos y de diversa índole que contribuyan a transfigurar la cartografía del barrio; algunos con mayor arraigo, otros de vida efímera.

El más influyente ha sido —quizás porque surgió y ha venido evolucionando con la comunidad— el Cabildo Luz Divina de Santa Bárbara, centro de peregrinación y culto obligado para los creyentes y espacio donde se promueven las mejores prácticas de convivencia; escenario donde se ha venido cocinando a fuego lento la muy particular idiosincrasia de Jesús María, mezcla de todos los credos que se profesan con la misma devoción.

Las buenas intenciones no han faltado, ni los programas de reanimación que han puesto curitas en los problemas más acuciantes, ni la asistencia social a los casos críticos; pero hay vulnerabilidades de siglos que no se emiendan solo por el hecho de estar bien identificadas. El fondo habitacional, por ejemplo, que figura entre los más deteriorados del municipio, o el claro predominio del trabajo informal, o esa especie de "aguaje" que viene a ser la música de fondo en cualquier discusión de esquina.

"Hay barrios que presumen de ese ambiente —recalca Elier Abreu—, barrios donde hasta cierto punto está bien visto esos tipos de comportamientos. Por eso, aunque lo ideal sería modificar el contexto, a veces para salvar determinados casos, sobre todo niños y adolescentes, no queda más remedio que sacarlos del medio".

En esa estrategia de "levantarlos en peso" no está de acuerdo Caruca, defensora a ultranza del Jesús María profundo, donde un juego de dominó puede terminar convertido en polvorín a golpe de aguardiente; pero la gente conserva el candor de los barrios y comparte con el vecino hasta el último sorbo de café, si hiciera falta.

"Todo el que dice: yo soy de Jesús María —sentencia—, lo dice con el corazón en el medio del pecho".



La ceiba, símbolo de Jesús María Foto: Alien Fernández



La falta de agua es un mal que afecta a los pobladores de Jesús María desde hace más de tres décadas. /Fotos: Alien Fernández

Elsa Ramos Ramírez

La cubeta de 36 litros pesa. ¡Y cuánto! Pero no más que la carga que por años han levantado Milagros y Juana en el mismísimo corazón de Jesús María, donde el agua se escabulló por varios conductos.

Este “viaje” es para la bodega El Cisne, donde esperan las vasijas. “Hay que tenerlas fregadas para cuando venga la leche, ahora terminé con el yogur”, describe Milagros De las Mercedes Martínez Marín, la administradora y enseña sus brazos cansados. “Tenemos que hacerlo y ellos (los brazos) tienen que aguantar”, dice Juana García Rivero, quien no sufre lo mismo en su casa: “Tengo turbina”, la solución de muchos para extraer el agua que pasa por las obsoletas tuberías.

Para mitigar la sed colectiva también sobreviven con pozos, cisternas. “Llevamos 30 años así, sin agua —enseña María Victoria Pérez—, se han creado comisiones por CDR para ir al Gobierno, se ha dicho en rendiciones de cuenta, aparece en todos los informes, han venido compañeros de Acueducto y Alcantarillado, dicen que lleva una inversión, que estamos en zona seca y que hay un deterioro muy grande en las redes, pero nunca se ha cambiado una, hasta me han dicho que haga algo por los combatientes, pero les he dicho que esto es un asunto de Gobierno”. Lo es, asiento para mis adentros. ¿Y no les traen agua en pipa?, inquiero:

“Más nunca se ha visto ninguna desde que Leticia era delegada y traía dos a la semana, todos cogían un poquito”, afirma.

La agonía con el agua está en los hombros y en el alma de la comarca. “¿Quieres ver gente cargando en cubos, en tanques, incluso si hay apagón? Dé otra vueltecita por la madrugada, la noche, para que vea la gente con carretillas y la madre de los tomates —me invita a confirmar Jorge Luis Piloto—, sabemos las situaciones que hay, pero cada vez que uno va a Acueducto ya botaron al que había venido a prometernos una solución”.

“ (...) no nos podemos cansar. Muchos le ven a Jesús María la parte negativa, pero la gente tiene sensibilidad y se suma cuando uno le toca las puertas ”

Clara Luz Sánchez le caza la pelea: “Por la madrugada velo el apagón, esto es: en sus marcas listo y ya, cuando llega, ¡corre!, yo quito, tú pones, a veces se pasa cinco días y no viene”.

“Mira, escribe ahí que de aquí para allá —y su mano se pierde hasta las cercanías del Cabildo—

La agonía del agua

En el barrio de Jesús María los vecinos padecen la sed provocada por tuberías obsoletas, falta de inversiones y otros males que los obligan a buscar alternativas constantes para acerca el líquido a sus hogares

están renegados a pagar el agua”, me dice una mujer que salta los “pocitos” de la calle. Otra agua se desborda mugrienta donde la calle Guillermon Moncada casi se cruza con el balneario: “Vinieron, destupieron, pero siguió igual”, detalla Roberto Campuzano.

Cuando único corre el agua es cuando se inunda la calle Varela final y llega hasta las casas. Entonces los vecinos desearían que se colara en las tuberías y acabara con el calvario multiplicado en el Edificio 1, hasta donde subió Escambray para comprobar las marcas de la sequía, la dejadez, la desatención.

“Aquí hicieron una sola cisterna para todos los edificios, el agua caía normal, pero dejó de caer”. Y desde ahí, rememora Ricardo Pérez Fiallo, empezó a dar vueltas. “Llegué a la UMIV (Unidad Municipal Inversionista de la Vivienda). Me dijeron que la turbina no tenía la capacidad, cuando me metí por dentro y fui a varias partes, empezaron a decirme: ‘No hay tubería, no hay esto, lo otro’; fui a Cubahidráulica, donde vi una tonga de mangueras, me dijeron: ‘Ve a Acueducto’. Y cuenta el peloteo que vivió a pie por semanas de un organismo a otro. Todo fue hasta un día en que le dije a la gente: Voy a sacarle el pie. Habían botado hasta el director de la UMIV, nos vendieron corriendo una turbina grandísima sin cheques ni nada, se pagó con dinero que recogió la gente del edificio”. Y me la enseña, nueva de paquete, en su caja, mientras a metros está la cisterna, ya convertida en refugio de escombros y los vecinos esperan para saber qué paso con las fotos que la funcionaria de la UMIV tiró alguna vez, algún año.

Casi todos los padecimientos del barrio los ha podido curar el doctor José Francisco Pineda,



El doctor José Francisco Pineda ha logrado curar muchos dolores del barrio, pero no la sed.

menos el del agua. “No entra y la cisterna está echada a perder, está infectada. ¿Qué hago?: chupar una manguera en mi casa a las diez de la noche para llenar un tanquecito de 55 galones y pasar el día. Lo del agua está en terapia y sin resucitar”.

Es el planteamiento que más moja la libreta de la joven delegada de la Circunscripción 133, Geannys Pennycooe Jonás, quien lo heredó de sus antecesores. “Afecta a todos, pero más a esta circunscripción. Lo he visto con la Dirección Provincial de Acueducto porque es un planteamiento viejo, quedamos en que iban a venir acá y tener el vínculo directo con el pueblo, hay problemas con los recursos, lleva inversiones, pero hay que seguirlo, no nos podemos cansar. Muchos le ven a Jesús María la parte negativa, pero la gente tiene sensibilidad y se suma cuando uno le toca las puertas”.

Le sucede igual a Norge Yero, delegado de la Circunscripción 132: “A fin de paliar un poco la situación se han puesto ‘ladrones’ para cogerla cuando hay disponibilidad en la conductora, y lo de las pipas, los electores no se me han acercado a pedir las”. Eso de que no las solicitan lo corrobora Dayamil Rodríguez Rodríguez, presidenta del Consejo Popular: “Los compañeros de Acueducto han estado arreglando salideros, se han hecho otras acciones, aunque faltan cosas”.

Y mientras degusta una taza de café, cortesía de la gente buena que allí habita, la reportera aclara a la mujer que, frente al Cabildo, subió sus brazos hacia el cielo. Escambray no les traerá el agua porque no la tiene, pero mojará sus páginas y espera que lo hagan también quienes tienen el encargo de empapar, en algo, la sequía que parte en dos a Jesús María.



Por no pocas calles corren, en cambio, otras aguas residuales.